

le protestant réformé Karl Barth (1886-1968) dans les années 1920, Christophe CHALAMET montre les riches échanges qui peuvent exister. Mais comme le souligne l'A.: «le désir d'unité ne doit pas conduire à négliger ou ignorer des différences théologiques fondamentales» (p. 266). Les rapprochements ne cessent de se multiplier et la compréhension de l'autre progresse de manière spectaculaire. Dans la revue jésuite *Christus*, l'époque du Concile a ainsi vu apparaître l'expression de «frères séparés». Désormais, il est question de «dépasser les frontières de l'Église» pour se mettre «au service de l'humanité» (p. 330) (Rémi DE MAINDREVILLE).

Concernant ces dernières années, Olivier CHATELAN montre bien l'accueil favorable réservé par les protestants à la venue du pape François au 500^e anniversaire de la Réforme à Lund, suite à l'invitation de la Fédération luthérienne mondiale. Mais l'A. souligne également qu'il ne faut pas occulter pour autant la prudence et les tensions entre jésuites et protestants qui demeurent. La partie contemporaine se termine par la contribution de Michel FÉDOU présentant les ouvertures théologiques d'Henri de Lubac, d'Henri Bouillard et de Karl Rahner; tout en évoquant la création de groupes œcuméniques, tel celui de Dombes.

Cet ouvrage collectif permet de mettre en avant les longues et fluctuantes relations qu'ont entretenues jésuites et protestants au cours de leur histoire, qui ne furent pas toujours aussi conflictuelles qu'on a pu le penser.

Théo BURNEL

Carla BENOCCI. *A ciascuno il suo paradiso. I giardini dei cappuccini, dei minimi, dei gesuiti, degli oratoliani, dei camaldolensi e dei certosini in età moderna.* (Biblioteca Seraphico-Cappuccina, 108). Roma, Istituto Storico dei Cappuccini, 2020. 17 × 12 cm, 777 p. € 65. ISBN 978-88-99702-15-1.

Desde la ya muy lejana época medieval, y por motivaciones espirituales, estéticas y simbólicas, los religiosos han edificado preciosos claustros que cuentan con unos jardines diseñados a modo de *hortus conclusus*. Los claustros y las huertas monásticas a Occidente, tanto en la época medieval como en los siglos posteriores a la época moderna y contemporánea, ofrecen unos espacios "sagrados" protegidos, bellos y silenciosos, articulados con el objetivo de ser un reflejo de aquella armonía, paz y felicidad vividas en el mítico paraíso bíblico del Edén.

C. B. ha realizado la presente investigación histórica situada en la perspectiva del estudio del simbolismo y de la organización de la arquitectura interna en los conventos, teniendo en cuenta el influjo directo de la legislación propia de cada instituto y de las tradiciones particulares. La obra trata sobre el sentido de las huertas y jardines que forman parte, y embellecen, las edificaciones de las casas de los franciscanos-capuchinos, las de los frailes mínimos de San Franci-

sco de Paula, las de los jesuitas, las de los miembros del Oratorio de San Felipe Neri y, finalmente, aquellas huertas, más amplias cultivadas entorno de los recintos monásticos de los camaldulenses y cartujos.

A partir de las disposiciones legislativas sobre las construcciones conventuales y, también, a partir de la vivencia de la espiritualidad propia de cada uno de los institutos religiosos, la organización del territorio agrario y del espacio interior en los conventos y monasterios algunas veces reclamaba, incluso, articular un espacio “verde” mucho más extenso que comportaba la atención y el cultivo de los bosques, como fue, por ejemplo, el caso de los monasterios de los monjes camaldulenses que, al tener sus eremitorios situados en la “boscosa solitudine”, concebían la floresta como “il luogo ideale di solitaria immersione nella natura nella sua forma più completa e dominante” (ver p. 589-633).

Ocasionalmente, algunos religiosos precisaron de un conocimiento específico de algunas materias de medicina y farmacia para lograr un adecuado cuidado de las plantas medicinales, como en el caso de los cartujos —calificados por la A. de “abili conoscitori delle proprietà mediche delle piante”— ya que dichos monjes solían cultivar las plantas medicinales más delicadas y selectas, además del huerto medicinal, en aquel pequeño *hortus* del exterior de cada celda; un lugar de oración personal y de trabajo manual y, a la vez, el único espacio para “esparcimiento” del monje cartujo (ver las p. 657-714). Algunas veces fueron necesarios a los religiosos conocimientos específicos de botánica para conseguir un adecuado cultivo de las plantas exóticas que los misioneros enviaban desde ultramar, particularmente aquellas que fueron cuidadas en los jardines de la Compañía de Jesús; un espacio comunitario donde los jóvenes religiosos tenían sus momentos de recreación y donde, también, meditaban y contemplaban las maravillas del Dios Creador reflejada en la rareza y la vistosidad de las plantas venidas del Nuevo Mundo (ver las p. 295-390). No obstante, en la mayoría de los casos los religiosos precisaban, simplemente, algunos conocimientos básicos de carácter práctico para poder desarrollar fructuosamente la tarea de hortelano y obtener unas óptimas cosechas de fruta y verduras como fue, por ejemplo, el caso de los religiosos mínimos; unos frailes que practicaban una gran austeridad y una abstinencia perpetua y que, desde su experiencia de vida consagrada, encarnaron una nueva sensibilidad a propósito de la naturaleza cultivada por el hombre; es decir, una agricultura puesta al servicio de las necesidades básicas de las comunidades religiosas (ver las p. 211-267).

En cambio en las casas del Oratorio de San Felipe Neri, donde se organizaron encuentros musicales festivos, algunos de sus miembros llegaron a convertirse, también, en expertos agricultores para gestionar sus viñas y vergeles, ya que los oratonianos contaron con unos espaciosos jardines con capacidad para dar acogida a las meriendas y a las sesiones musicales tenidas en los principales Oratorios, don-

de los jardines eran concebidos como “un rifugio e una rigenerazione dell’anima” (ver las p. 425-520). En cambio, el huerto y el jardín de los capuchinos de Frascati, construidos bajo el impulso del papa Boncompagni, Gregorio XIII, fueron estructurados a modo de un espacioso *hortus* “a la latina”, donde se conjugan de manera muy equilibrada la belleza con la utilidad práctica para garantizar el recogimiento de los religiosos y, a la vez, contribuir al sostenimiento de la comunidad capuchina (ver las p. 49-92).

La preocupación ecológica *avant la lettre*, especialmente la experimentada por los antiguos hortelanos capuchinos, se mantuvo muy viva en la mentalidad y en la experiencia de los religiosos expulsos durante el período de las exclaustaciones y supresión de la vida religiosa en la Europa decimonónica. Por ejemplo, en el ámbito de la Provincia capuchina de Cataluña, los religiosos exclaustados se preocuparon para lograr recopilar su valiosa tradición hortícola y floricultora y que publicaron en lengua catalana el año 1852 en Barcelona bajo el título de: *Lo jardiner hortolà y florista, ó modo de cultivar la terra segons ús y práctica de bon pagès, y preparar y cuidar la hortalisa, llegums, cols, enciam [...] segons la práctica y costum dels PP. Caputxins de Catalunya*; un texto que fue de enorme utilidad y que se usó como complemento a otros tratados agrarios, especialmente del *Libro del Prior* (Barcelona, 1617) de Fr. Miguel Agustí y de la obra titulada *Curiosidades de la naturaleza* del Abad Vallemont; un manual práctico de agricultura popular estampado en Pamplona en el año 1735 a cargo de los capuchinos Fr. Pedro-Felipe de Cintruénigo y Fr. Gregorio de Villafranca, tal como ya se puso en relieve en la antología de antiguos textos agrarios de tradición capuchina presentados bajo el título de *La Huerta de San Francisco. Los secretos de horticultura de los conventos capuchinos* (Barcelona, 2016).

En los años de la restauración de la vida religiosa el ministro general de los capuchinos, Fr. Bernardo de Andermatt, insistió en la necesidad de mantener el tradicional equilibrio entre la productividad del terreno destinado al cultivo de las huertas y el espacio necesario para el esparcimiento de los religiosos: “Sería un grave error querer convertir nuestras huertas en haciendas, buscando únicamente como los ávidos labradores el modo de hacerlas producir más frutos, cerceando el espacio de los caminos y arrancando todo árbol de simple adorno. En nuestras huertas ha de haber, en cuanto posible, espacio suficiente para las verduras ordinarias, como también para tener algunas flores, un pequeño bosque con sus caminos y algunos paseos cubiertos de árboles verdes tan largos como lo permita la huerta [...] Y ningún Religioso se atreva a malograr o deshacer o estrechar dichos caminos bajo el pretexto de sembrar legumbres o verduras, pues en esto denotaría espíritu interesado y falta de caridad para con los demás Religiosos” (*Manual Seráfico*, Roma, 1890, p. 298-299).

Queremos animar a C. B. a proseguir con la línea de sus investigaciones y que, también, las amplíe y oriente al estudio del lugar que ocuparon los huertos y jardines monásticos más allá del ámbito geo-

gráfico italiano, y no solamente los referidos al mundo masculino, sino también a las de los monasterios femeninos, puesto que en numerosos conventos y monasterios de monjas durante los siglos de la época moderna contaron con bellas y productivas huertas urbanas que suscitaban la admiración de viajeros eruditos. Este fue, por ejemplo, el caso del archiduque Luis Salvador de Austria († 1915), aristócrata que mostró su entusiasmo con la huerta y jardín de las clarisas-capuchinas de Palma de Mallorca, que trabajaron una considerable porción de tierra que regaban gracias a una enorme noria, que fue descrita en la monumental obra *Die Balearen*, publicada el 1882 en Leipzig. Además, indicamos que, en bastantes puntos de la geografía europea, aunque sin llegar a la magnitud y esplendor lograda por los jardines italianos, también existieron huertos y jardines conventuales de relieve que, en su momento, gozaron de un gran prestigio por su belleza y por la fecundidad del terreno cultivado como fue, por ejemplo, el caso de la fértil huerta de los capuchinos del convento de extramuros de Pamplona, cultivada a ribera del río Arga, a la cual se accedía usando una barca de remos; o, también, aquella famosa huerta “urbana” que cultivaron los religiosos capuchinos del convento barcelonés de Santa Madrona y que, en su tiempo, fue muy elogiada por la modélica organización dada al terreno, llegando a ser un expresivo reflejo de la “naturaleza dominada por el hombre”. Gracias al testimonio aportado por el célebre Barón de Maldá —Rafael de Amat († 1814)— sabemos que dicho huerto se convirtió en la admiración de los barceloneses que la consideraron como un imprescindible “pulmón verde” situado en medio de una ciudad saturada de callejuelas muy estrechas donde, difícilmente, se podía circular y entrar el sol; mientras que este espacioso huerto “urbano” del convento de Santa Madrona era: “Socorrido de agua de riego y rico en verduras, cultivado a surcos que lo hacen muy lindo a la vista; estando separado este gran huerto de otro más reducido destinado a las flores y otro de separado de carácter botánico o de plantas medicinales”, según la descripción aportada por el Barón de Maldá (*Calaix de Sastre*, 22 abril 1800). Este reputado huerto “urbano” barcelonés se vio solamente superado por el que rodeaba el antiguo convento capuchino del “Desierto de Santa Eulalia de Sarriá” —fundado en 1578— y que contaba con un amplio espacio dedicado al cultivo de los frutales, con cuidados banales de tierra de cultivo dedicado a las hortalizas, con un jardín de flores y con un extenso bosquecillo ajardinado y que, a finales del siglo XVIII, sería ornamentado con las creaciones del célebre escultor Fr. Jaime “dels Sants” (Jaime Castelló de Sarriá, 1741-1811); un conjunto de unas curiosas esculturas que suscitaban la admiración del rey Carlos IV y de toda la familia regia cuando en 1802 visitó el convento de los capuchinos de Sarriá.

La monografía que reseñamos es modélica y está sólidamente documentada (ver la relación de las fuentes y de la extensa bibliografía de las p. 9-35), y se ha publicado con unos interesantes apéndices de textos complementarios que facilitan la comprensión sobre el sentido

que las casas de religiosos otorgaron a la organización del terreno destinado a las huertas y, también, a los jardines conventuales como, por ejemplo, en los jardines de las residencias y colegios de los jesuitas, de quienes se aportan textos con preciosas noticias sobre ornitología, arboricultura, floricultura y jardinería (ver las p. 391-417). Los textos publicados en forma de apéndice, en su mayor parte han sido espigados del Archivo Apostolico Vaticano, del Archivio di Stato di Roma —que conserva valiosa documentación de las “Congregazioni religiose: camaldolensi, certosini, oratoniani”—y del Archivium Romaum Societatis Iesu, entre otros muchos archivos y bibliotecas, principalmente de Italia.

Finalmente, el título escogido por C. B., *A ciascuno il suo Paradiso*, es muy acertado y nos regala la clave hermenéutica para acertar en la orientación que debe darse a la lectura de la monografía. No obstante, y a propósito del ámbito geográfico, sugerimos que en el subtítulo de la obra debería añadirse “en Italia”, ya que la A.—muy comprensiblemente, ya que la presente monografía ocupa más de 700 p.—no alcanza a tratar sobre las huertas y jardines de las casas de religiosos en otros ámbitos geográficos de Europa, a excepción de unas breves referencias aportadas sobre huertos conventuales de los capuchinos en los Países Bajos, Austria y Silesia (ver las p. 93-114).

Una calurosa felicitación a la A. por tan novedosa aportación a la historia del arte y de la horticultura; felicitación que hacemos extensiva al Istituto Storico dei Cappuccini por haber asumido el cuidado de la presente edición, que se publica con unas expresivas y acertadas ilustraciones (ver las láminas de las p. 177-208), y editada con un índice de nombres de lugares y de persona (ver p. 731-768) que ha preparado, muy minuciosamente, Fr. Aleksander Horowski, capuchino.

Valentí SERRA DE MANRESA, OFMCap

Benediktiner als Historiker. Hrsg. Andreas SOHN. (Aufbrüche, 5). Bochum, Verlag Dr. Dieter Winkler, 2016. 17 × 24 cm, 255 p., 29 pl. € 59,80. ISBN 978-3-89911-256-6.

Longtemps sans doute l'érudition mauriste — et donc française — aura éclipsé dans la bibliographie les autres formes et traditions de l'historiographie bénédictine des 17^e et 18^e s. Le présent volume, qui rassemble les actes d'un colloque organisé à l'abbaye St. Peter de Salzburg en 2014, entend donner à travers quatorze portraits choisis (un pour le 17^e s., trois pour le 18^e s., quatre pour le 19^e s. et six pour le 20^e s.) un panorama plus large, dans le temps et dans l'espace, de l'écriture de l'histoire en milieu bénédictin. Après les propos introductifs de l'éd. (p. 7-19), l'ouvrage est réparti en cinq sections thématiques (et grosso modo chronologiques) d'inégales dimensions.

La première comprend la seule contribution de Rudolf SCHIEFFER, qui cherche à inscrire l'historiographie bénédictine moderne dans la longue tradition de l'ordre (p. 23-37): cet utile survol montre comment aux *historiae abbatum* des premiers siècles succédèrent les his-